LA COSECHA ESTELAR

TAMBIÉN DE PAU VARELA

Pandora Despierta

El Eterno Retorno

LA COSECHA ESTELAR

PAU VARELA

EL ASTRONAUTA IMPOSIBLE

elastronautaimposible.blogspot.com.es

Título: *La Cosecha Estelar*
© 2017 Pau Varela
© 2017 El astronauta imposible sobre la presente edición.
elastronautaimposible.blogspot.es

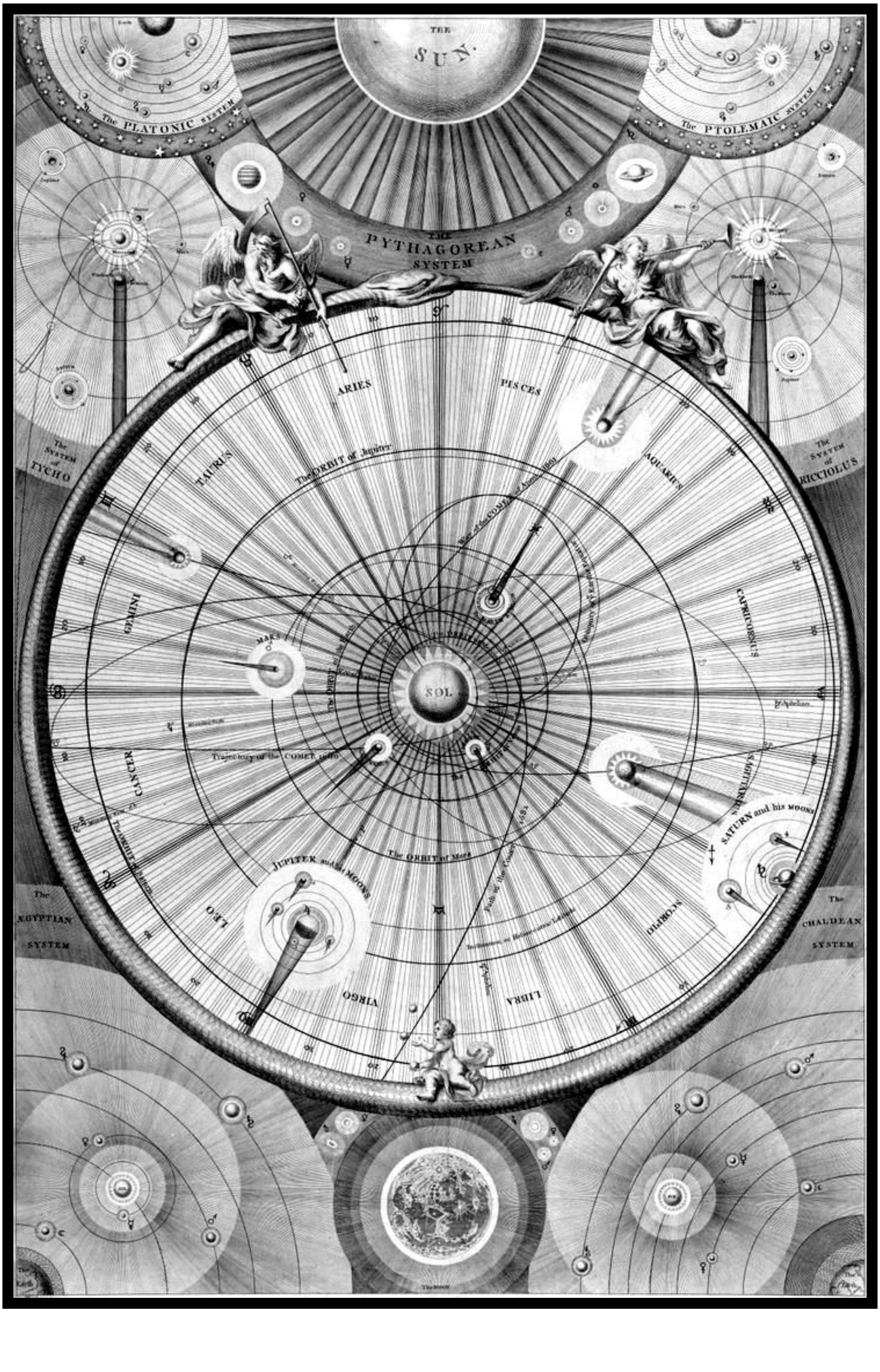
Diseño de cubierta y maquetación: Pau Varela
Foto de la contraportada: Meet Mr. Campbell
Corrección: Ana Beltran

Primera edición: Agosto 2017

ISBN-13: 978-1545479766
ISBN-10: 1545479763

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Para Ana, Spock, Uhura y Charly, vosotros
sois mi hogar entre las estrellas.


THE SUN.
The PLATONIC SYSTEM
The PTOLEMAIC SYSTEM
THE PYTHAGOREAN SYSTEM
The SYSTEM of TYCHO
The SYSTEM of RICCIOLUS
ARIES
PISCES
TAURUS
AQUARIUS
GEMINI
CAPRICORNUS
CANCER
SAGITTARIUS
LEO
SCORPIO
VIRGO
LIBRA
SOL
MARS
The ORBIT of Jupiter
The ORBIT of Mars
Trajectory of the COMET 1680
SATURN and his MOONS
JUPITER and his MOONS
The AEGYPTIAN SYSTEM
The CHALDEAN SYSTEM

Siempre tuve una necesidad repulsiva
de ser algo más que un humano
y pensé 'al diablo, quiero ser un superhumano'.
David Bowie

Cada acto de creación es ante todo
un acto de destrucción.
Pablo Picasso

Los pulgares me hormiguean,
algo malvado se acerca…
Macbeth, William Shakespeare

Para poder resurgir de sus cenizas
Un fénix
Primero
Debe
Arder.
Octavia E. Butler

HACE MUCHO TIEMPO,
MIL AÑOS EN EL FUTURO...

LILIT

Una niña, pequeña y frágil, como todas las niñas que han existido. Humana. Una vida tallada en carne y dispuesta de forma aleatoria sobre el hueso níveo. Latiente. Un universo de ideas y sueños, todo posibilidad, apenas un trazo de certeza. Y sin embargo, de un modo que todavía no alcanzaba a comprender, diferente a todas las demás niñas nacidas de hombre y mujer.

El cielo era otro entonces, más grande que cualquiera y mucho más salvaje. Bajo él la niña respiraba las maravillas de una existencia que apenas despuntaba. Debía tener unos doce años en aquel tiempo, aunque no recordaba haberlos vivido

todos de forma consciente. Sus pasos tamborileaban contra los suelos lisos y fríos de Olimpia, la estación subterránea en la luna marciana de Deimos que había sido su hogar desde el despertar, mientras correteaba con Pym, su hermano, pegado a su estela.

Era tan sencillo ignorar el abismo entre las estrellas, hacer oídos sordos a su canto. El uno tenía al otro y con eso bastaba.

—¡Vamos, Pym! Madre dice que podemos ir a nadar antes de la terapia.

Su hermano pequeño era veloz, se movía con una naturalidad alienígena en la baja gravedad de la luna, pero ella lo era más. Aun así, siempre sabía cómo mantenerle cerca, tensando y destensando una cuerda imaginaria entre ambos.

—¡Espérame! ¡No entres en el agua sin mí!

En plena carrera, Lilit advirtió la dulce esencia a flores y hierba empapada. Los portones se abrieron al detectar su signatura genética y se vio envuelta de inmediato por una cálida luz blanca.

El centro de la estación era un gran jardín creado para ellos por expreso deseo de su madre. Un Edén privado o una sala de juegos para los dos niños más importantes de toda la creación. Un lugar lleno de vida y flores y altos muros de árboles brotados de la ingeniería genética más vanguardista, a cuyos pies se perfilaban las sombras cerradas. Entre ellos se trazaban caminos de hierba gruesa que creaban la ilusión de un manto esmeralda.

La cúpula, bien alta sobre sus cabezas, era la única apertura a la superficie en toda la estación de Olimpia. En ella se mostraba un falso cielo azul compuesto por olas de fuego blanco que resaltaban los verdes y castaños y dorados de la naturaleza embotellada. El contraste entre los espacios confinados del interior del complejo y ese jardín sin fin era mareante.

La inmensa cavidad excavada décadas atrás por mineros e ingenieros emigrados de la Tierra constaba de varios kilómetros de diámetro. Un ejército de drones había esculpido colinas y valles en una disposición concéntrica, tan solo quebrada por los riachuelos que desembocaban en sinuosas cascadas o en lagos artificiales. El agua suministrada por los depósitos exteriores fluía desde las entrañas de la base a través de canales y brotaba en forma de torrentes que escupían un rocío perenne al aire.

Suspendidas en el punto más alto del eje de la cúpula, las esferas solares rociaban el jardín de luz formando una impresión fija y ensalzada de lo que una vez había sido la primavera. Lugares así ya solo existían en canciones y cuentos como los que padre les leía cada noche.

Riendo y sin ni siquiera detenerse, Lilit se quitó los zapatos y los arrojó a su espalda. Pym saltó para esquivarlos, elevándose varios metros en el aire y utilizando las ramas de un árbol cercano para lanzarse hacia adelante. La fuerza de su impulso fue tal que una bandada de pájaros de colores salieron despavoridos y flotaron hacia el falso cielo.

Unos metros antes de la gran charca, Lilit advirtió a un hombre agachado con las manos hundidas en el fango. Al levantarse, el hombre desenterró un caparazón verde.

Testudo Horsfieldii, se dijo para sí Lilit frenando la marcha para ver mejor. *Extinta desde el siglo XXI.*

Su madre les había contado que Olimpia era una gran arca donde trataban de recuperar la fauna y la flora de la vieja Tierra, alterando el código genético de plantas y animales para que estos pudieran sobrevivir y prosperar bajo los hábitats artificiales de Marte.

—¡Buenos días, Charly! —llamó Pym al llegar a su altura, casi sin aliento, mientras bregaba por quitarse la camiseta.

El hombre alzó la mirada hacia los dos niños y su rostro se contrajo en una fugaz expresión de disgusto.

—Mi nombre no es Charly, pequeño.

—No se refiere a usted —se disculpó Lilit—, saludaba a la tortuga. Se conocen de toda la vida, por así decirlo.

El hombre bajó los ojos de vuelta al animal que sujetaba en las manos, chasqueó la lengua, dio la espalda a los niños y se marchó rumiando entre dientes.

—Eso no ha sido muy cortés. —Pym echó a correr hacia el agua. Su hermana lo sujetó del brazo y lo tiró al suelo.

—Mira tú quien habla de cortesía, hermanito. ¿Nunca has oído la frase *las damas primero*?

—¿Tú, una dama? —Pym se abalanzó a cuatro patas hacia el agua.

Lilit dobló las rodillas para bajar su centro de gravedad tanto como pudo, saltó sobre su hermano como si tal cosa y se sumergió en la charca sin apenas alterar su superficie. El fondo palpitó ante la intrusión de la niña y varias hileras de luces se iluminaron. La misteriosa topografía del lecho proyectaba sombras cambiantes. Los peces que nadaban con ella en el agua se retorcían al verla y se escondían en las grietas abiertas en la roca artificial. Pym apareció a su lado, agitando brazos y piernas como un loco mientras trataba de darles caza.

Los pulmones de los niños eran fuertes hasta tal punto que podían bucear con libertad durante mucho más tiempo de lo que la simple biología permitía a la mayoría de mamíferos de la vieja Tierra. La ingravidez de la inmersión resultaba fascinante. ¿Era esto lo que la gente del espacio sentía en sus viajes? Madre nunca les contaba nada sobre lo que había más allá de Olimpia.

Apenas llevaban unos minutos en el agua cuando las luces del lecho artificial se volvieron rojas. Lilit se detuvo en seco y se quedó flotando contrariada. Pym, el siempre obediente Pym, abrió los brazos y los bajó para buscar con la punta de la nariz la superficie.

Madre llamaba y ellos, como buenos hijos, debían responder prestos.

Pero, ¿por qué obedecer? Desde el despertar era lo único que habían hecho. *Obedecer*. ¿Por qué no podía tan solo seguir nadando hasta que ella misma decidiera que había tenido suficiente?

Vamos, Lilit, llamó Pym en su cabeza.

Solo un poco más, respondió ella. *Dile a madre que llegaré a tiempo para la terapia.*

Lilit se alejó y nadó hacia el centro de la charca sin darle más importancia. De súbito, como si una descarga eléctrica hubiera irrumpido en el agua, su cuerpo se arqueó embestido por un dolor insoportable que nacía en su pecho y crecía sin piedad para apoderarse de ella en apenas unos instantes.

Con un brazo prieto contra su vientre e impulsándose con el otro, Lilit salió a la superficie y se dejó arrastrar de vuelta a la orilla por un ovillo de manos firmes. Tomando grandes bocanadas de aire con la boca abierta, se atrevió a partir los párpados y ver.

Lo primero que apareció en su campo de visión fue el rostro consternado de su hermano. Su pequeña figura estaba envuelta en una toalla y sujetada por un hombre vestido con un impoluto uniforme blanco. Lilit se dio la vuelta y se encontró con la mirada de su madre, dulce y cariñosa y tan fuera de lugar en aquella escena que la niña no pudo más que rehuirla.

—Dejadnos solos. —Su madre se arrodilló a su lado y acarició las protuberancias huesudas que coronaban las sienes de Lilit.

—Señora Solari… —empezó a objetar uno de los guardas que la habían sacado del agua.

—Llevad a Pym al laboratorio —cortó ella tajante—, es hora de la terapia.

Lilit esperó tendida la reprimenda, pero en vez de eso lo que encontró no fue otra cosa que compasión. En aquel jardín impostado, su madre la envolvió en una toalla y la apretó contra sí para darle calor. Lilit sintió la proximidad del corazón de ella.

—¿Sabes por qué te llamamos Lilit, tu padre y yo, cuando decidimos acogerte?

Lilit asintió, conteniendo las lágrimas.

—Lilit fue la primera mujer de Adán, antes que Eva, creada por uno de los dioses de la vieja Tierra.

—No solo eso —dijo su madre—, sino que Dios la creó a su imagen y semejanza, no tomando una costilla de Adán sino hecha del mismo barro primordial. Una igual.

—Pero Lilit se reveló contra los designios divinos, abandonó a Adán, ¿no es cierto? Y una vez fuera del Edén se convirtió en un monstruo. —Los ojos de Lilit se encontraron de nuevo con los de su madre—. ¿Es eso lo que soy? ¿Un monstruo? ¿Por eso nos tratáis a Pym y a mí con desprecio y miedo?

—No puedes estar más equivocada, pequeña. No eres un monstruo, eres mi niña.

—¡No lo soy! —Lilit alzó las manos—. Mi piel es verde, no como la tuya. No me parezco en nada a vosotros.

Mela Solari tomó las manos de la niña en las suyas y las besó con delicadeza.

—¿Es eso lo que te asusta? —Pasó el pulgar por la mejilla de Lilit llevándose con la yema una lágrima incipiente—. ¿Ser diferente?

Lilit se apartó, rodeó sus rodillas con ambos brazos y se las llevó al pecho. Una cierta paz rezumaba de su madre y se filtraba en ella cada vez que hablaban a solas, lejos de las miradas inquisitivas de los hombres de las batas blancas, de su abuelo y de Pym.

—Está bien. —Mela se sentó en el suelo al lado de su hija—. ¿Qué es lo que quieres saber? —Lilit alzó la cabeza dubitativa—. Pregúntame lo que sea, te prometo responder con sinceridad.

—¿De dónde provenimos? Pym y yo… no somos humanos.

—No tienes en ti el ADN de tu padre o el mío, eso es cierto. Tu abuelo os encontró cerca de Venus, en el corazón del sistema solar, entre los restos de una nave segadora. ¿Te acuerdas de los segadores? Te hemos hablado de ellos.

—El enemigo.

—*Enemigo*. Una palabra tan simple para definir algo que no comprendemos ni se doblega a nuestra voluntad. Tu abuelo pudo haberos matado ahí mismo, nadie le hubiera culpado por ello, pero decidió no hacerlo. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque no vio en vosotros a un enemigo, como tú dices. El abuelo Hal no es un hombre cruel, aunque la guerra le haya obligado a cometer actos crueles. Él vio lo mismo que vi yo cuando os trajo de regreso a Marte; dos niños dormidos, tan plácidos e inocentes. En ese mismo instante me prometí que no dejaría que os pasara nada malo a ninguno de los dos. Pero el universo es un lugar peligroso, no solo por lo que aguarda ahí fuera sino por lo que cada uno de nosotros lleva consigo. Todos somos monstruos, Lilit, esa es la verdad que los demás ven al miraros. No ven a dos niños, ven un reflejo de ellos mismos. Y eso les aterra. Por esa razón necesito que obedezcas cuando te lo pedimos, necesito que confíes en mí, en tu padre y, por encima de todo, en tu hermano.

Lilit no pudo evitar romper a llorar.

—Espero que algún día encuentres un lugar al que puedas llamar tuyo. —Su madre la encerró en un cálido abrazo—. Un propósito. Sé que estás destinada a grandes cosas.

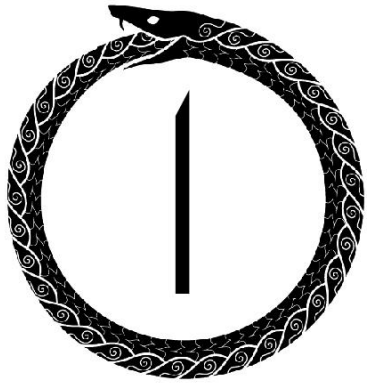
Las dos permanecieron en silencio varios minutos, viendo el brillo de la cúpula ensombrecerse con la llegada de la noche simulada.

—¿Tienes alguna otra pregunta, antes de que te lleve al laboratorio? Los doctores deben estar esperando.

Lilit se enjugó los ojos con las palmas de las manos y asintió.

—Madre —dijo, su voz animada de nuevo—, ¿qué es un dios?

AHORA...



SHIRO

Trescientos años atrás, antes de que la *Estrella de la Mañana* irrumpiera de los confines del cinturón de Kuiper y arrasara las colonias diseminadas por todo el sistema solar, Saturno y sus lunas habían albergado a casi medio centenar de millones de almas en una edad dorada como ninguna otra que haya conocido la humanidad.

La riqueza, en forma de grandes reservas de helio-3 y deuterio, había atraído al espacio a generaciones enteras de una especie animal que veía como no solo los planetas, sino

las estrellas mismas se ponían al alcance de su ambición. Pero por más que esos pioneros de la colonización espacial trataran de llenar el universo de luz y de ruido, el abismo que separaba planetas, estrellas y estaciones era infinito y guardaba en sus profundidades peligros inimaginables.

A los destructores de los mundos humanos los llamaron *segadores*. En tan solo unos pocos años la Guerra de la Diáspora convirtió a las colonias más allá del sistema joviano en un mero recuerdo al que Marte todavía se aferraba por pura nostalgia.

El primer intento de volver a poblar las lunas de Saturno se había centrado en Titán, la mayor de ellas. La alta densidad de su atmósfera hacía prácticamente posible el caminar por su superficie con una simple máscara de oxígeno —si uno lograba, claro está, sobrevivir al frío extremo el tiempo suficiente— y servía a su vez de escudo natural contra la radiación. Las vastas reservas de hidrocarburos y la presencia de agua líquida lo convertían en el lugar ideal donde establecer la base de operaciones para poder acceder y recolectar los preciados recursos del sistema saturnino.

Tendida inerte como una bambalina, la *Vilardell* patrullaba la órbita de Titán. Era una de las corbetas más modernas salidas de los astilleros de Calisto. De ciento treinta y dos metros de eslora, y veintisiete de babor a estribor, estaba engalanada con el color de las llamas y tenía una forma afilada que recordaba a la hoja de un hacha. Su misión, como la del resto de astronaves de la armada de Marte desplegadas allí, era la de proteger el convoy de colonos y provisiones enviados para trabajar en los hábitats levantados por las sondas automatizadas.

Pero con los colonos ya a salvo en el que iba a ser su nuevo hogar y las prospecciones mineras todavía a meses de poder enviar de vuelta a Marte un cargamento que valiera la pena escoltar, la tripulación contaba ahora con más tiempo

libre en sus manos del que el deber lograba ocupar. Ni siquiera los oficiales en el puente de mando encontraban alguna excusa para justificar el uniforme que vestían.

Muchos ya ni se molestaban en intentar buscarla.

El mayor peligro al que uno podía enfrentarse en el espacio era el aburrimiento. Hattori Shiro, primer oficial de la *Vilardell*, había visto a soldados recios perder la razón al pasar meses suspendidos en la caída libre mientras esperaban y esperaban a ser asignados a su siguiente misión. Algunos no podían vivir sabiendo que más allá de los espacios reducidos de las astronaves no había nada a miles de kilómetros, se metían en alguna esclusa de aire y se dejaban llevar por el vacío. Otros recurrían a soluciones más extremas y llevados por la locura acribillaban el casco interior de las astronaves con sus rifles de plasma.

Para Shiro, matar el tiempo se había vuelto una forma de supervivencia más.

Los *arrancones*, carreras de velocidad en las que tanto oficiales como soldados participaban en busca de un buen chute de adrenalina, eran su elección predilecta para dedicar las horas muertas. Podía sentir como una cierta anticipación empezaba a crecer en él. *Soy una pluma navegando la tormenta*, se repetía a modo de mantra para calmar las mariposas en su vientre y apaciguar su corazón, mientras avanzaba por la galería de la astronave impulsándose con ayuda de las agarraderas de las paredes.

—Haz lo que quieras, Shiro-Sama. —El muchacho que trataba de seguir a Shiro era el oficial de comunicaciones Hakeem Onyewu—. Pero el comodoro es capaz de encargarte limpiar las letrinas si no le dejas ganar esta vez.

—No tenemos letrinas, Hak —respondió Shiro.

Los dos enfilaron por una de las escalerillas que conducían hasta las profundidades de la *Vilardell*.

—El viejo es capaz de hacerlas instalar solo para que *tú* puedas nadar en nuestra mierda. —Hakeem se interpuso en el camino de Shiro al llegar al acceso de la cubierta de carga—. Vamos, nos conocemos desde hace demasiado tiempo como para que haya secretos entre nosotros. ¿Es cierto lo que dice?

Una hilera de perlas blancas asomó en el rostro azabache del oficial de comunicaciones. Shiro le sostuvo la mirada. En sus ojos almendrados se podía leer un *no me jodas* bien claro.

Aun habiendo servido más de un lustro en la armada de Marte el rostro de Shiro seguía vistiendo la vanidad propia de la juventud, lo que hacía difícil que los oficiales más veteranos le vieran como un igual y que aquellos a sus órdenes le tuvieran el respeto que su rango exigía.

Shiro echó a su amigo a un lado de un empujón e irrumpió en la cubierta de carga.

Gran parte de la tripulación se había agolpado en torno a dos vehículos ligeros y oblongos. Hombres y mujeres de monos grises manchados de grasa departían con los oficiales de cubierta. Las apuestas llevaban todo el día corriendo y Shiro era consciente de la poca confianza que tenían sus propios hombres en que se atreviera a contrariar al comodoro.

Otra vez.

—¡Me importa una mierda lo que diga la telemetría! —El grito de Shiro resonó en el vientre de la astronave.

Entre el gentío se alzó una figura, la de un hombre de unos cincuenta años de edad, espalda ancha y recta, pelo largo y plateado recogido en una coleta y barba blanca salpicada de briznas terrosas. Shiro conectó el campo magnético de sus botas y cayó al suelo con un sonoro *¡CLANK.!* Su cabello largo flotaba como una nebulosa de caoba. Dio un par de pasos torpes y le dedicó al comodoro un saludo marcial cargado de ironía.

—No hice trampa —añadió Shiro—, gané con justicia. Igual que haré hoy, *señor*.

El comodoro apenas alteró el gesto ante su primer oficial. Su biotraje estaba engalanado con diseños cromados y realzados sobre un fondo escarlata, alternados con la filigrana de los tubos de vacío sobre sus costillas. En el pecho, bordada con hilo plateado, la cabeza de un dragón miraba al frente con ojos dorados. El cuerpo del dragón rodeaba el torso del comodoro y se enroscaba en su cintura. Sus escamas centelleaban bajo las luces de la cubierta de carga. Algunos oficiales decían que el biotraje había sido un regalo del mismísimo mariscal de Kesse, Egan Salart, pero Shiro sabía que en realidad era un trabajo encargado por el propio comodoro a un fabricante privado de Calisto.

Veterano de las revueltas del cinturón de asteroides, el comodoro había sido uno de los hombres más respetados y temidos de toda la flota de Marte, pero con sus días de gloria ya sepultados por los años, la canciller lo utilizaba como un guardaespaldas glorificado para las caravanas de colonos.

—Señorita S'Tora —dijo el comodoro con voz grave.

Shiro examinó el muro de caras congregadas y se topó con dos círculos negros de cristal revestidos de un viso verdoso artificial que lo miraban directamente. La ingeniero de sistemas Leonora S'Tora se cuadró entre los dos hombres. Era una mujer pequeña y encorvada, de perfil aguileño, cuyos ojos habían sido reemplazados hacía años por dos lentes que parecían dos culos de botella incrustados en su cráneo. Si uno se fijaba podía ver los esquemas que el ordenador de la astronave proyectaba en ellos.

—Primer oficial Hattori —dijo la mujer, inclinándose levemente ante Shiro. Luego, se volvió hacia el comodoro y repitió el saludo, esta vez de manera más pronunciada—. Comodoro Hattori. Los dos deberán cubrir la distancia entre la *Vilardell* y el anillo de Febe, aproximarse lo bastante a su

borde como para poder recoger partículas de hielo y roca con el monocasco de los vehículos, y volver a la cubierta de carga, a poder ser, pero no necesariamente, de una sola pieza.

—¿Están las normas claras, primer oficial? —dijo el comodoro Hattori Fujimura.

—Sí, *padre.* —Shiro chasqueó la lengua—. Como el agua cristalina.

Las relaciones de sangre en la armada eran algo habitual. Muchas astronaves estaban compuestas por familias que inculcaban en sus descendientes un sentido del deber y el sacrificio que iba más allá de la disciplina militar. Defender a Marte era una cuestión de sangre. Siendo el hijo menor, Shiro había tenido una carrera meteórica bajo la influencia del comodoro y estaba a las puertas de ser el tercer hijo de la familia Hattori en alcanzar su propia capitanía. Eso si lograba no cabrear a su padre más de lo necesario.

El comodoro volvió su atención al vehículo de proximidad a su izquierda, presionó algo en el monocasco y la carlinga se abrió soltando un silbido. Antes de embutirse en su interior, habló sin alzar la voz más de lo necesario.

—Hazme un favor y no mueras ahí fuera. —La cubierta del vehículo se cerró y a través del canal de comunicación privado que él y su padre compartían, Shiro pudo escucharle añadir—. Sería un engorro tener que contárselo a tu madre.

—Supongo que a estas alturas le sería muy difícil recordar cuál de ellas es mi madre —replicó Shiro.

Le dio la espalda al vehículo de su padre y se enfundó en el biotraje que Hakeem había dispuesto para él. A primera vista, parecía irle varias tallas demasiado grande, como si llevara puesta una gran bolsa de plástico gris. Shiro activó el mecanismo que rodeaba su cintura y al instante el aire contenido en el biotraje fue expulsado. El metatejido se ajustó a su cuerpo hasta convertirse en una segunda piel.

Todos los biotrajes estaban diseñados para adaptarse al cuerpo de quien los llevara, sin importar ni la complexión ni el sexo. El soporte vital montado sobre la espalda era poco más abultado que una chepa y estaba conectado tanto a los sistemas de a bordo del vehículo de proximidad como a los de la *Vilardell*. El antebrazo de Shiro se iluminó y le mostró las lecturas que el sistema de monitorización recibía de su organismo.

Shiro se ajustó el casco al cuello del biotraje con ayuda de Hakeem y luego se agachó al lado de su vehículo de proximidad. Acarició el monocasco con la palma de la mano enguantada antes de ponerse de nuevo en pie y retirar la cubierta.

El interior no era más que una consola con los controles mínimos necesarios para guiar la nave, dos estrechos asientos de fibra de carbono colocados uno frente al otro, y un simple cilindro sellado entre la carlinga y los propulsores que contenía el reactor nuclear.

Shiro se dejó caer sobre el asiento del piloto.

Los amarres magnéticos del biotraje fijaron su torso con firmeza y la entrada de aire en la parte posterior de su casco se ancló al reposacabezas. Un ligero soplo de aire inundó el interior del biotraje mientras la nave le suministraba oxígeno. Solo sus brazos y piernas quedaban libres para poder manejar los controles. Shiro alzó el pulgar en dirección a Hakeem, su amigo se retiró y la cubierta de la carlinga se abatió sobre su cabeza.

Dedicó una última mirada al vehículo de su padre.

Por un leve instante trató de recordar al héroe que había sido, no al hombre amargado que era ahora, y no pudo evitar preguntarse cuánto había de verdad en la gloria con la que los medios de propaganda de la armada se esforzaban en revestir a sus líderes militares. La bonita ficción de su historial de servicio era sin duda más amable que la realidad que había

visto y vivido él en los últimos años al lado del viejo. La armada le había dado la espalda a su padre en favor de iconos frescos de rostros jóvenes y menos severos.

Tal vez sea mejor así, pensó.

Shiro posó el dedo índice sobre el sistema de ignición y la cubierta de carga tembló con él dentro.

TÉRICA

El día agonizaba arrojando una luz anaranjada que discurría en forma de ríos de sangre entre las calles de lo que una vez había sido una gran ciudad, sepultada ahora por dunas de arena. La mayoría de edificios se habían venido abajo o dejado solo esqueletos de acero como testimonio de su existencia. El horizonte estaba empacado con nubes negras, todavía a lo lejos. De vez en cuando una ristra de relámpagos encendía sus entrañas con radiantes trazos blancos.

La luz no tardaría en morir y la lluvia en ocupar su lugar.

Sentada con las piernas meciéndose al borde de una cornisa, Térica Oswald observaba la ciudad tratando de imaginar cómo habría sido en los días antes de que la humanidad abandonara la Tierra. Ordenó a los ojos de la armadura que vestía que le mostraran una imagen térmica de su entorno. Entre la monocromía de los edificios colindantes varias figuras se perfilaron en tonos cálidos. Desterrados. Salvajes. Aquellos quienes habían heredado de la Tierra solo desiertos de ceniza.

Durante toda su vida Térica había hecho del exterminio de esa gente su misión. Una misión aprendida desde la cuna, en la comodidad y seguridad de Tarso. Eso había sido antes, antes de conocer a Aziz, antes de Pym, antes de poner una bala en el corazón de Valentine. Había renunciado a Tarso y la herida abierta en ella todavía sangraba.

A veces se cuestionaba el fin que perseguían sus propios actos, por qué había tomado las decisiones que había tomado, sin hallar respuesta. El comportamiento humano no siempre transcurría sometido al dominio de la razón.

Las heridas sanan, la culpa no.

El vínculo que la unía a los desterrados era sencillo y frágil. Ellos la habían acogido, la habían aceptado como a una más por una sola razón, esperaban de ella algo que jamás les podría dar; la victoria frente a Tarso.

Tal cosa estaba fuera de todo alcance. Incluso Pym había entendido que desafiar abiertamente a la ciudad y a su hermana era una sentencia de muerte. La gente de Marte había sido la única esperanza que había tenido de salvar a los suyos y evitar un baño de sangre y había fracasado.

Con Pym perdido más allá de las estrellas los desterrados la miraban ahora a ella en busca de… ¿qué? ¿Que los guiara hasta las puertas mismas de la ciudad? ¿Que les mostrara el camino hacia una existencia mejor? ¿Que les diera una libertad que ella no se atrevía ni a desear para sí misma?

Térica temía más que nada ser la única que supiera la verdad, la única que entendiera que no se pueden asaltar las puertas del cielo solo con coraje.

Canceló la imagen térmica y devolvió la mirada al cielo más allá de las ruinas urbanas. El viento se avivó de repente y trajo consigo un clamor de voces muertas junto a la arena y el polvo que arrastraba el aire, filtrándose en el interior de la armadura. Y entre todas las voces muertas pudo distinguir una en particular, silbando con fuerza en su pecho.

Un nombre se formó en sus labios.

—Valentine.

Y allí, en la desolación de ese lugar, Térica volvió a sentir la presión del gatillo bajo el dedo índice. Volvió a escuchar el estruendo con el que había marcado el final de una vida. Esa muerte era obra suya, como tantas otras antes, pero por alguna razón sentía la muerte de Valentine más real.

Más relámpagos prendieron en el horizonte, esta vez más cerca. Su luz perfiló una figura a su espalda. Un hombre, Arran, de músculos esculpidos por la violencia, vestido por pedazos de tela gruesa y cuero, todos ellos mantenidos sobre su cuerpo por correas negras creando un conjunto tan elaborado como bruto. En su espalda asomaban dos rifles de plasma amarrados uno sobre el otro en forma de cruz. Llevaba la hoja de un cuchillo sujeta al muslo derecho. Su rostro, oculto tras una máscara animalesca, era mucho más áspero que el de Térica o el de cualquier otro ciudadano de Tarso. En los ojos pardos uno podía apreciar un conocimiento cosechado por años de sobrevivir en la superficie de la Tierra sin nada más que las nubes sobre su cabeza.

Junto a él una niña pequeña roía un hueso descarnado. Myrtle. Su cabello, imposiblemente rizado, brotaba como una aureola de alambre negro retorcido en torno a una tez bruna manchada con hollín y aceite de motor. Sus ojos estaban ocultos por unas viejas gafas de aviador polarizadas. Una

anilla gruesa y negra le colgaba del cartílago del tabique nasal y bajo ella asomaba una sonrisa desdentada. En su mano derecha, como si de una lanza se tratara, sujetaba un tubo de metal el doble de alto que ella y con una empuñadura de madera en la base.

Myrtle había crecido sin Térica ser consciente de ello. Su fino cuerpo estaba cada vez más definido, más cerca de la adolescente que debería haber sido y no de la niña que no había podido ser. Y siempre a su vera, como una manada de coyotes acurrucada junto a su líder, un grupo de niños la escoltaban. Huérfanos, *niños perdidos* como Arran los había bautizado, a los que a nadie más que a Myrtle parecían preocupar. Hijos de La Fábrica y Gaia que bajo su tutela habían creado una peculiar familia de vínculos firmes. Cada uno de ellos vestía túnicas parecidas al pelaje de un animal salvaje y máscaras tribales a cada cual más horrible.

Ninguno hablaba, cómodos en el silencio tenso que era la espera.

—Van con retraso —dijo Arran.

—Te advertí que no era buena idea enviarlos sin la supervisión de un adulto —respondió Térica.

—Esos chavales pueden estar un poco locos, pero te aseguro que son capaces de hacer el trabajo. —Arran puso una taza plateada a la altura de los ojos de Térica. Ella la tomó con cuidado de no aplastarla con los dedos articulados de la armadura. El líquido era turbio, de tono cobrizo—. Bébete esto. Te ayudará a templar los nervios.

La placa facial de la armadura se partió en dos con un chirrido.

—¿Quién ha dicho que esté nerviosa? —Térica volvió la mirada a las nubes negras y a la oscuridad que estas proyectaban, y luego dio un buen trago. El calor del líquido al bajarle por la garganta hizo que la tormenta en el cielo

pareciese alejarse un poco. La amargura de su sabor combinaba bien con su sentir—. ¿Nueva receta?

—Lleva semanas fermentando —dijo Arran—. Abrí el alambique justo antes de partir y lo he dejado reposar hasta ahora. ¿Qué te parece?

—Todavía no he vomitado, no he perdido la sensibilidad en la lengua, mi visión no se ha nublado. —Térica echó otro trago—. No está mal. A Aziz le gustará.

—Como no vuelva pronto ni lo olerá.

Térica le devolvió la taza a Arran.

—¿Qué hacemos aquí, Arran?

—Dímelo tú, ha sido idea tuya. Yo preferiría asaltar Tarso hoy mismo, entrar disparando e improvisar sobre la marcha, pero nadie me hace caso estos días.

—Tu gusto por la violencia siempre ha sido tu mayor atractivo.

—Eso solía pensar —dijo Arran—. De lo que sí estoy seguro es que esa cabecita tuya le está dando vueltas a algo, ¿me equivoco?

Térica volvió la mirada a la ciudad.

—No deberíamos estar aquí.

—Estamos aquí porque creemos en ti, Térica. Creemos en Aziz. —Arran agitó una mano enorme en el aire—. Y en el engendro ese.

—Ran.

—Sí, en él también. Aunque me dan escalofríos cada vez que lo veo. Vosotros nos salvasteis de la gente de Marte, nadie más. Ni siquiera yo habría podido hacer nada por salvar a mi gente. De no ser por vosotros…

—No intentábamos salvar a nadie, Arran. —Térica cortó con amargura—. Y no salvamos a todos, ¿recuerdas?

—Pym tomó su decisión y por más que no la entendamos no podemos hacer nada por él ahora.

—Aziz no está de acuerdo.

—Aziz es un caso perdido.

Arran sirvió un par de tragos más y los dos callaron un buen rato mientras bebían y contemplaban la noche llegar.

—De niño siempre andaba metiéndome en líos —dijo él al fin—. Quería demostrar a los mayores que yo era el más valiente de todos. Una noche me escapé y me adentré en los túneles a los que no nos dejaban ni acercarnos por miedo a los derrumbes. Caminé en la oscuridad más absoluta durante horas y cuando me cansé, me senté en el suelo escuchando la tierra y el cemento. Cuando me encontraron a la mañana siguiente, durmiendo tan tranquilo, y me llevaron ante Pym, él no me reprendió. Solo me hizo una pregunta.

—¿Por qué eres tan estúpido? —dijo Térica.

Arran negó con la cabeza.

—No. Me preguntó por qué no le temía a la oscuridad como todos los demás niños.

—¿Y qué le respondiste?

—Que es absurdo tenerle miedo a la oscuridad. No hay nada peligroso oculto en ella. Los peores monstruos viven en las tinieblas que llevamos con nosotros. No hay nada ahí fuera más espantoso que eso. —Arran dio un trago y dejó la taza sobre la cornisa—. ¿Qué hay de ti, guardiana? ¿Le tienes miedo a la oscuridad?

—Le tengo miedo a aquello que no puedo controlar. —La voz de Térica se volvió un susurro—. Le tengo miedo a Lilit y lo que puede haceros si no soy capaz de protegeros de ella. Deberíamos esperar, tiene que haber otra forma…

—El cambio no llega a quien espera. —El rostro de Arran se partió en una mueca—. El tiempo no derribará a Tarso de los cielos, ni doblegará la voluntad de Lilit. Es hora de tomar el destino por las pelotas y estrujar fuerte.

—Muy poético —dijo Térica.

—Soy narrador por necesidad. —La sonrisa de Arran se volvió un tanto amarga—. Uno debe serlo si quiere vender bien sus mentiras.

Térica apoyó su mano sobre el antebrazo de Arran. Sintió un alud de objeciones surgir en ella pero no dijo nada. Arran, a su manera tosca y desagradable, solía estar a menudo en lo cierto sin importar si ella estaba de acuerdo o no. Eso lo había aprendido tras meses de discutir con él.

El cielo se iluminó otra vez. La tormenta se encontraba ya casi sobre la ciudad. La placa facial de la armadura se cerró y Térica ordenó a la CPU que buscara trazos de calor. Estudió con atención el perfil de la ciudad y por fin vio lo que llevaban horas esperando.

—Ya vienen.

Arran no dijo nada, solo asintió y alzó un puño al cielo para que los demás desterrados lo vieran. Sobre ellos la tormenta anunció su llegada con las primeras gotas de una lluvia espesa que tamborileaba al golpear las placas de acero de la armadura de Térica. No muy lejos, en el corazón mismo de la ciudad, algo estalló y escupió una lengua de fuego azul al cielo. Varios edificios desaparecieron en medio de un gran estruendo y el mundo bailó al ritmo de una percusión infernal.

AZIZ

Incluso envuelto en capas y más capas de ropa térmica, y protegido por su vieja chaqueta de piel, Aziz Sagan sentía la gélida noche hundir en él sus garras. Llevaba un buen rato distraído contemplando el bailar del viento sobre la tundra, escuchando como aullaba al acariciar el suelo y arremolinarse a su alrededor, dejándole claro que no era bienvenido. De vez en cuando algunas estrellas conseguían colar su tenue brillo entre las nubes que surcaban el cielo sobre su cabeza, aunque este apenas se atrevía a llegar hasta él.

A su lado, en medio de la ventisca, alguien carraspeó inquieto. Roc se limpiaba las uñas con la punta de un cuchillo mientras esperaba a que Aziz aclarara su mente. La noche les había dado alcance todavía lejos de su destino y las sombras asediaban los faros de sus vehículos. La exigua luz que proyectaban hacía relucir el hielo sucio que se había formado con la brusca caída de la temperatura. Ante ellos, una sierra de montañas componía un laberinto de barrancos y picos huesudos. Llevaban días evitando adentrarse en ellas, bordeándolas y buscando un paso seguro o algún indicio, cual fuera, de que lo que buscaban todavía seguía allí.

Hacía siglos que nadie pisaba aquel lugar. Ni siquiera los salvajes se atrevían a aventurarse tan al norte, a viajar tantos días bajo las inclemencias de un cielo abrasador durante el día, las gélidas noches y la atmósfera nociva. Sobrevivir en el exterior se había convertido en un imposible debido a la radiación resultante de la guerra. Si no fuera por la protección que vestían ambos y las drogas que corrían por sus venas, gentileza de Ran, ellos mismos estarían muertos.

La motocicleta ronroneó nerviosa entre los muslos de Aziz urgiéndole a retomar la marcha, pero él se resistió. *Tengo que estar seguro.* No tenía más remedio que dejarse guiar por la poco fiable información que le mostraba el éter de su mirada, extraída del ordenador de a bordo de la *Babieca*, una pieza más de la inconexa historia antigua que Ran y Myrtle llevaban meses descifrando.

Las células inteligentes de sus ojos trazaron una línea roja brillante ante él como un río de sangre. *Latitud 51° 39' 26" norte. Longitud 05° 41' 27" este,* pensó para sí buscando aliento en la pureza de los números. Las coordenadas eran las correctas, su posición también. *Estamos cerca.*

Las nubes de polvo arrastradas por el viento danzaron para él y despertaron algo en su cabeza. Un susurro. Un tono. Una pulsación. Siempre estaba ahí y Aziz conocía muy bien su

origen; la falç. El brazo protésico que le habían implantado antes de abandonar La Fábrica parecía invadir a veces sus pensamientos con sigilo del mismo modo en que un cáncer consume las células de su huésped.

Aziz apretó los dientes. No quería dejarse llevar, no podía dejarse arrastrar a la oscuridad, al lugar del que ni toda su fuerza de voluntad lograría hacerle regresar. Se concentró en el horizonte que su visión aumentada le revelaba y se pasó el reverso de la mano por la boca.

—Si sigues arrastrándonos mucho más lejos no tardaremos en perdernos —dijo Roc a su espalda.

—¿Quieres acampar aquí?

—No, no tengo intención alguna de pasar la noche bajo este cielo. —Roc se inclinó sobre el volante de su vehículo—. Tal vez es hora de darse por vencido, Aziz. No hay vergüenza en ello. Nadie esperaba que lo encontráramos.

—¿Te queda algo? —preguntó Aziz.

Su amigo dudó y tragó saliva.

—Ya sabes que no. Hace días que lo terminamos.

—No me mentirías, ¿verdad? No a mí. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo como para eso. No le mentirías a tu único amigo, a la persona que podría abandonarte aquí a tu suerte. —La sonrisa en el rostro de Aziz se apretó—. Dime, ¿sabrías encontrar el camino de vuelta sin mí?

Roc acomodó su peso en el asiento y los amortiguadores gimieron. El vehículo que conducía estaba equipado para recorrer los desiertos, compuesto por un chasis de malla espacial que se asemejaba a una jaula sostenida por cuatro ruedas enormes. El cañón de un rifle de aspecto cruel asomaba a su lado, dispuesto a ser usado en caso de necesidad. Arrastraba un remolque de un eje que estaba cubierto por una lona, sin nada todavía con lo que cargar. El motor anclado en la parte de atrás del vehículo hacía un ruido infernal.

—Tú nunca… —empezó a decir Roc.

—¿Yo nunca te haría eso? —bufó Aziz—. Tal vez, pero cada día que pasamos aquí es peor que el anterior y todavía tenemos que volver. Es mucho tiempo, Roc. *Muuuuucho* tiempo. Quién sabe qué puede pasar por la cabeza de una persona tantos días aquí fuera. Y más si esa persona lleva ya demasiado tiempo sobrio.

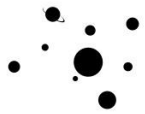
Roc retiró la capucha polvorienta que le cubría la cabeza y se rascó la calva. Luego buscó en el fardo que llevaba a su espalda y sacó un recipiente cilíndrico y de brillo metálico.

—Lo estaba reservando. —Arrojó el recipiente en dirección a Aziz, que lo cogió al vuelo—. Ya sabes, para la vuelta. El cabrón de Arran no nos dio mucho.

Aziz desenroscó la tapa del recipiente y dio un trago largo a su contenido. El fuego acarició su garganta y se le derramó por el esófago hasta aterrizar en el estómago. El frío en sus huesos se retiró tan solo un poco.

—No estamos lejos. —Aziz le devolvió el recipiente a Roc—. No te me achantes ahora, ¿quieres?

Con un simple movimiento de muñeca, Aziz espoleó la motocicleta y le devolvió la vida. El motor soltó un rugido discordante y las ruedas arañaron el suelo. Roc soltó una maldición e hizo lo mismo para seguir en dirección norte.



No había rastro de camino alguno o carretera. Nada sugería que aquellos lares hubieran albergado vida en el pasado. El suelo agreste zarandeaba la motocicleta con violencia de tal modo que Aziz podía sentir cada resalto, cada grieta, cada roca vibrar a través de sus brazos. Disfrutaba de la adrenalina derivada de la simple velocidad, de los saltos para sortear

obstáculo tras obstáculo, embaucado por la falsa indolencia de un hombre que se sabe solo en el mundo.

En los amplios cielos sobre ellos las nubes se desgajaron ante el empuje del viento y descubrieron un disco blanco. La Luna. Aziz se preguntó cuándo había perdido el miedo a adentrarse en lo desconocido, a explorar un planeta entero que daba sus últimos coletazos antes de morir. ¿Había sido el encuentro con el dron en La Fábrica? ¿Habían sido Térica, los salvajes o Pym? ¿Había sido su enfrentamiento con Nolan Solari y los hombres de Marte? ¿O había sido la visión de La Fábrica ardiendo con su gente dentro?

Avanzó a través de la ventisca sin ser consciente de cómo de abstraído estaba en sus pensamientos, ni de lo cerca que estaba de aquello que buscaban. Tan cerca que cuando vio la boca de la brecha ante él casi ni tuvo tiempo de frenar. Tiró del manillar con todas sus fuerzas y consiguió parar la motocicleta justo en el borde, a escasos centímetros de ser engullido por las profundidades.

Roc frenó a su izquierda y bajó de su vehículo de un salto. Aziz desmontó y se acercó a contemplar la imponente herida sangrante de varios kilómetros de diámetro. Nunca se habría imaginado que pudiera ser tan grande.

Siguió el margen del cráter con la mirada hasta donde se desvanecía en la noche. Al otro lado de la inmensa boca negra el terreno descendía de manera abrupta en un valle plano sin fin. Las inmensas astronaves que habían conectado la Tierra con el resto de asentamientos humanos esparcidos por el sistema solar habrían reposado ancladas allí.

En aquel lugar, hacía siglos, se había erigido una base militar bajo el nombre de Volkel, aunque a principios de la gran guerra contra los segadores había pasado a ser conocida como *La Fosa*. Según los registros históricos de la *Babieca*, las potencias militares de la Tierra habían excavado en lugares como aquel para construir bases subterráneas más grandes y

seguras, capaces de resistir un bombardeo planetario a gran escala. Esa era al menos la esperanza que tenían ellos ahora, que aquel lugar hubiera sido capaz de proteger de la guerra y del paso del tiempo lo que guardaba en su interior.

Roc encendió una bengala. Su luz rojiza salpicó la noche. Con mucho cuidado de dónde ponía los pies, se acercó al cráter, la sostuvo un instante sobre el vacío y luego abrió la mano. La bengala cayó y cayó y cayó hasta desaparecer como engullida por la boca del mismísimo infierno.

—No estarás pensando en… —trató de decir Roc.

—Eso es exactamente a lo que hemos venido.

Aziz se alejó del borde del cráter, se quitó la máscara y la dejó colgada en el manillar de la motocicleta. No tenían otra opción que bajar. No era tan solo su vida, la de Roc, la de los salvajes y la de los demás supervivientes de la fábrica la que estaba en juego.

—¿Seguro que no quieres que vaya yo? —preguntó Roc.

—¿En serio lo harías? —respondió Aziz—. ¿Bajarías en mi lugar?

Roc ladeó la cabeza, primero a la izquierda, luego a la derecha.

—En realidad era pura cortesía, contaba con que no aceptarías. —Roc se volvió hacia el cráter—. Pero si tú…

—No, tranquilo —Aziz guiñó un ojo y le dio una palmada en el hombro a su amigo.

—Menos mal —respiró Roc aliviado.

—Además —añadió Aziz—, no te ofendas, pero no creo que pudiera sostener tu peso.

Roc se llevó las manos a la panza. A pesar de las raciones escasas Roc se las había apañado para añadir un buen puñado de quilos a un contorno ya de por sí generoso.

—¿Se puede saber qué estás insinuando?

SHIRO

Las compuertas exteriores se recogieron marcando su lenta desaparición con una hilera de luces amarillas intermitentes. Tras ellas se descubrió un inacabable cielo estrellado. Ya no quedaba nadie más que su padre y él en la cubierta de carga. El rugido de los propulsores había muerto ahogado junto con la atmósfera y ahora lo único que llegaba a sus oídos era el crujir resentido de las junturas del vehículo mientras se acomodaban a la diferencia de presión.

Las pantallas curvas que revestían el interior del vehículo de proximidad latieron un instante y empezaron a registrar y

marcar los astros con círculos luminosos a medida que el ordenador las contrastaba con las cartas de navegación. La conexión neuronal con los sistemas de navegación tomó el control sobre los sentidos de Shiro y los expandió de tal forma que la sutil separación entre el monocasco y su propio cuerpo se desvaneció. Los sensores proyectaron una panorámica de la cubierta de trescientos sesenta grados y visualizó el recorrido ante él, efectuando los cálculos necesarios para establecer la trayectoria más eficiente, el flujo de potencia exacta que los propulsores podían absorber, la gravedad a la que la brutal fuerza de impulso sometería a sus huesos y órganos vitales.

La relación simbiótica entre la potente máquina y el hombre que habitaba en su seno era de una intimidad abrumadora. A veces le costaba aceptar que él se encontraba al mando y que no era un simple pasajero. *La tecnología sin control no sirve de nada*, se recordó Shiro.

Ante él se proyectaron dígitos y esquemas en forma de luces espectrales. Examinó la información que le transmitían los controladores del núcleo del motor. A diferencia de los eficientes motores de pliegue de las grandes astronaves, los vehículos de proximidad empleaban vetustos sistemas de fusión, casi tan seguros como salir al espacio con una bomba atómica atada a la espalda.

Los dos pilotos anticiparon el apagado de las luces intermitentes y elevaron la temperatura de los reactores. Las diminutas naves se sacudieron, sujetando el flujo creciente de impulso y, cuando las compuertas se anclaron por fin, iniciaron la secuencia de aceleración.

Soy una pluma navegando la tormenta.

Irrumpieron sobre la órbita de Titán y el inmenso satélite apareció en su mente con nitidez a través de los sensores. El manto anaranjado que vestía era como nada que Shiro hubiera visto antes en ninguna de las misiones que había llevado a cabo desde que se había graduado de la academia de

oficiales. Saturno asomaba a estribor como un inmenso globo estriado de viso amarillento debido a los cristales de amoníaco que contenía la atmósfera superior. La serenidad del coloso solo se veía rota por los destellos de las salvajes tormentas que reinaban en sus cielos.

Los anillos le otorgaban al planeta su característica aureola nacarada. Su configuración, compuesta por fragmentos de hielo y rocas, algunos del tamaño de casas, otros no más que granos de una fina capa de polvo, se encontraba en perpetuo cambio a merced de la poderosa gravedad del planeta y las lunas que lo orbitaban. Era una vista espléndida.

Shiro dirigió su atención hacia el vehículo de su padre a regañadientes.

En los arrancones no resultaba tan vital el tomar la delantera de inicio como el anticipar los movimientos del rival. En realidad era algo más parecido a un baile en gravedad cero que a una carrera de velocidad. Los vehículos de proximidad tenían una maniobrabilidad imprevisible. Un ligero error del rival, una pérdida de control momentánea, era todo lo que se necesitaba para poder tomar una ventaja definitiva.

Pero el padre de Shiro era un soldado, un hombre de la vieja escuela. Jamás permitiría que otro piloto, un subordinado y su propio hijo nada menos, tomara la iniciativa. Así que, siendo el animal de costumbres que era, su padre había iniciado presto la escalada hacia los anillos.

Shiro encaró el morro del vehículo hacia la estela de su padre y, dejando Titán a su espalda, empujó la palanca del acelerador. Los propulsores espolearon la nave sin piedad. El súbito cambio de gravedad le golpeó como un mazo de granito compacto en el esternón. Todo el universo se contrajo a doscientas pulsaciones, cada una de ellas eterna. Con cada sacudida de los propulsores, sus testículos se le pegaban y

despegaban al perineo como si trataran de escapar de aquel infierno ceñido.

Los doctores del equipo médico le habían advertido de los peligros de someter a su cuerpo a tal estrés. A pesar de la terapia genética, las drogas y el entrenamiento, la mayoría de pilotos veían su esperanza de vida reducida en varias décadas. Claro que ningún *bata blanca* había estado ahí fuera con él, ninguno había sentido la velocidad en sus huesos. Ninguno se había sentido tan vivo como se sentía Shiro en esos preciosos segundos.

Era una sensación por la que valía la pena pagar con años de vida.

Las vibraciones del vehículo pronto se volvieron irregulares. Los estabilizadores sufrían al intentar mantener la trayectoria, el morro se rebelaba contra el mando de Shiro y forcejeaba por ir en cualquier dirección menos en la que él quería. En su campo de visión saltaron varias alarmas en rojo. Algo en la panza del vehículo había reventado por la presión. Shiro canceló los avisos sin preocuparse por ello —nada podía hacer por los sistemas de la nave hasta regresar a la *Vilardell*—, y se concentró en seguir la estela de su padre. Su determinación se ancló al brillo azulado del plasma que este escupía.

El espacio entre ellos se achicó. La aceleración de Shiro era más agresiva. Su campo visual se estrechó al alcanzar los diez Gs de impulso creando un vórtice a través del cual navegaba como una bala de acero disparada a la nada. Su biotraje, encargado de monitorizar las constantes vitales, advirtió el estrés al que su organismo estaba siendo sometido. Una docena de agujas emergieron de las membranas del traje y le inyectaron algo directamente a la columna vertebral. El combinado químico prendió al entrar en su corriente sanguínea.

Su mente alcanzó de inmediato una lucidez casi mística.

Cuando se hubo acercado lo suficiente a su padre, aflojó el acelerador para darse espacio de maniobra y aguardó a que el momento llegara. Su padre tomó contacto con el anillo de Febe a apenas un centenar de kilómetros por delante de Shiro. El comodoro elevó el vehículo lo justo para besar los márgenes del anillo y viró para iniciar el pronunciado arco que debía ponerlo en el camino de vuelta, pasando de largo justo al tiempo que Shiro llegaba hasta Febe.

Con su atención todavía centrada en su padre, Shiro volteó el vehículo de modo que las partículas de roca y hielo que formaban el anillo pasaron de estar sobre él a estar debajo, y hundió la panza del monocasco en ellas con suavidad. Miles de golpecitos repicaron bajo sus pies. Algunas de las partículas salían proyectadas al chocar y solo algunas lograban dejar una leve marca en la aleación de acero y cerámica.

Cuando estuvo seguro de que había recogido las partículas suficientes como para satisfacer el arbitraje de la ingeniero S'Tora, Shiro activó los retropropulsores y el universo entero se invirtió. El ángulo de giro le empujó lateralmente, el cerebro se le comprimió dentro de la bóveda craneal y suplicó por no perder el conocimiento. Pronto, el punto de luz que era su padre volvió a aparecer ante él, esta vez más grande, y la exaltación de la cacería se afianzó en él.

Y entonces, aquello que había estado esperando sucedió. El vehículo de su padre se escoró a babor. A tal velocidad, la más mínima desviación del rumbo te podía hacer perder kilómetros en un abrir y cerrar de ojos.

Shiro atravesó el plasma todavía candente que su padre había dejado tras de sí y se dispuso a sobrepasarle y tomar la trayectoria más corta de vuelta a la bahía de carga de la *Vilardell*. Con tan poco margen de reacción, para cuando su padre se diera cuenta de lo que había sucedido él ya estaría de vuelta victorioso en la seguridad de la astronave.

Apenas tuvo tiempo de esbozar una sonrisa antes de que la victoria se le escurriera entre los dedos.

Los sensores externos cobraron vida y proyectaron destellos luminosos en el éter de su mirada. Una especie de cuenta atrás engulló las estrellas al tiempo que la pantalla táctica se desplegaba ante él. Shiro se tragó su gozo y dejó que el miedo ocupara su lugar.

Había algo ahí fuera. Algo que se acercaba a él con trayectoria balística.

¿Un torpedo? ¿Aquí?

Maldijo dentro de la carlinga y apoyó todo el peso sobre los controles para obligar al vehículo a descender en picado lejos de los anillos de Saturno, lejos de la *Vilardell*, en un intento tardío de esquivar algo que no podía ni ver. Las lecturas de los sensores y el láser pulsado del radar a duras penas pudieron avisarle del impacto décimas antes de que este se produjera.

—¡Padre! —El grito de Shiro quedó silenciado por el último aviso de las alarmas.

El tiempo se estancó en su pecho.

La carlinga se llenó de rojo.